

CUANDO SE HAGA JUSTICIA

EVALINA SANTIAGO

Los comentarios arrecian. La figura de aquel hombre llama la atención.

— Ya no tardará en llegar.

Efectivamente. El hombre se acerca con paso lento y se arrinconca en el lugar de costumbre. Dobla la pierna izquierda formando una uve y la deja descansar contra la pared. Mira con redoblado interés hacia un punto determinado. Sus ojos están ocultos tras unas gafas ahumadas. Difícil adivinar lo que hay tras ellas.

— Chencho, ese personaje me intriga.

— También lo estoy yo. Sus gafas están fijadas en esa mole de hormigón.

— Ese hombre es un misterio para todos.

— Algo busca.

— No tengo la menor idea. Tiene el rostro contraído, duro.

El hombre escucha la conversación sin inmutarse. Siempre calla. Callar es su rito.

— Cualquiera día lo abordo.

— No lo desafíes. Su faz es la de un individuo amargado.

— Viene aquí todos los días. Más o menos a la misma hora.

— Cuatro meses. El mismo tiempo que llevo vendiendo piraguas.

— ¡Si tú lo dices!

Chencho, se dedica a hacer la propaganda de sus piraguas.

— ¡Piragua! ¡Tengo la sabrosita piragua!
De coco, de frambuesa, de tamarindo.
Combata el infierno del verano.

Refrésquese con la piragua de Chencho.
¡Tómela bien frita!

El hombre continúa allí. Viste de negro. Su rostro es hermético. Tiene las manos en los bolsillos del pantalón. De vez en cuando cambia la pierna de

posición. Las aletas de su nariz se expanden y muerde sin piedad el labio inferior, luego escupe una saliba rosada, sin dejar de observar la gran mole de hormigón. Prende un cigarrillo como al descuido, pero no exhala el humo inhalado. Fuma. Eso sí. Fuma incansablemente. Sus pies están rodeados de puntas blancas.

El sol comienza a desfilar cauteloso hasta colocarse en un lugar estratégico.

— ¡Piragua! ¡Tengo la sabrosita piragua!

De tamarindo, de...

— ¡Tú crees que ese hombre es mudo!

— Jamás ha dicho nada. Nunca ha abierto sus labios, excepto para escupir y sostener el cigarrillo.

El hombre, no pierde una sílaba de la conversación sostenida por el piragüero y su aparente amigo.

— Tiene cara de...

— ¡Sí!

El enigmático personaje se mueve unos centímetros. Se ajusta las gafas ahumadas y vuelve a escupir sin dejar de mirar el punto que le interesa.

— Don Chencho, deme una piragua de frambuesa.

Chencho se dedica a la labor del raspado sin perder de vista al personaje vestido de negro.

— Le dije de frambuesa, don Chencho.

— Es de frambuesa, señora.

— Me la dio de tamarindo.

— ¡De tamarindo! ¡Oh! perdón.

La señora saborea el raspado de sangre dulce.

— ¿Lo conoce?

— ¿A quién?

— A ese, el que viste de luto.

— Ese tiene su historia, pero ahora no dispongo de tiempo para satisfacer su curiosidad.

La dama se aleja acariciando con la punta de la lengua el raspado de sangre dulce.

— ¡Piragua! ¡Tengo la piragua sabrosita!

¡Combata el infierno del verano!

Tengo de frambuesa, de tamarindo, de...

El piragüero, detiene el raspado. El enlutado se ha movido.

- ¿Dijo de tamarindo! ¡Perdón!
- Si, hombre, me dijo de tamarindo.
- ¡Claro!

Chencho, comienza a verter el almíbar de tamarindo sobre la piragua sin quitar el ojo del personaje.

- Don Chencho, preste atención a lo que hace.
- Está derramando el tamarindo.
- ¡Perdón!

El piragüero se limpia las manos con un trapo sucio y estira el oído para poder pescar algo.

- Ese vestido de negro tiene un hijo en la cárcel.
- Luis, su hijo es inocente. Lo conozco bien. Es un alma de Dios.
- ¿De qué se le acusa?
- De vender marihuana a un agente encubierto. El muchacho negó siempre, pero está ahí, encerrado. El abogado que lo defendió en los tribunales le aconsejó que se declarará culpable.

Don Chencho no deja escapar una sílaba del diálogo.

- ¿Por qué he de declararme culpable? No lo soy.
- Mi inocencia está más clara que el cristal.
- No, licenciado. Prefiero pudrirme en la cárcel que cantarme culpable.
- Te conviene, muchacho.

Luis se yergue desafiante ante el abogado.

- ¡No! A mí me fabricaron el caso.
- Haz lo que te aconsejo, muchacho, de lo contrario te perderás.
- ¡Perderme! Me da usted risa. Ya me perdieron.
- También a mi padre.
- Piénsalo, Luis.

— Ya está pensado.

Las golondrinas vuelan indiferentes alrededor de la prisión, formando entre todas un signo de interrogación.

El hombre misterioso ladea la cabeza y mira insistentemente al piragüero. Este siente como si un bloque de hielo recorriera su columna vertebral.

El hombre lo mira de frente. Chencho el piragüero se ve reflejado en aquellas gafas ahumadas tan misteriosas como el personaje mismo.

Chencho, traga en seco, luego acumula todo el valor necesario y le pregunta:

— ¿Es usted mudo, caballero?

— ¿Mudo? No señor piragüero. Sólo hablaré cuando en este país se haga justicia.

Y se aleja, lento el paso y meneando negativamente la cabeza.